

FE TRADICIONAL Y FE DE LOS RETROGRADOS

QUIEN se acuerda hoy de que en 1850, por primera y única vez, condenó el Concilio de Obispos alemanes, reunidos en Colonia, la opinión que defendía la evolución del cuerpo humano producida espontáneamente a partir de una naturaleza inferior (llámese mono o primate)?

Y, sin embargo, por doloroso que pudiera ser este hecho para un católico, es preciso recordarlo.

Porque lo cierto es que a la hora de llamar tradicionales a determinadas creencias religiosas se averigua que provienen de estos últimos siglos nada más.

Tenemos hoy que volver a saber que San Agustín, hace quince siglos, había defendido una **evolución** del mundo a partir de las «razones seminales» dispersas en todas las cosas.

No por eso hemos de creer que fue un **darwinista** antes de tiempo; pero si hemos de pensar —si meditamos en esta opinión abierta de San Agustín— que nada hay en el pensamiento tradicional que se oponga a una evolución del mundo. Porque el santo Obispo de Hipona se aproximó a nuestra manera de pensar más que los severos censores del Santo Oficio, que impidieron desarrollar, a fines del siglo pasado, a tres científicos católicos —G. Mivart, M. D. Leroy y J. A. Zahm— la idea de la evolución. Y habría que preguntarse quién era el tradicional: ¿San Agustín, o los desconocidos oficiales de Curia que bloquearon la difusión de las obras escritas por estos tres científicos católicos, sinceros y ejemplares?

A fines del siglo pasado estaba de moda también oponerse a la **generación espontánea**. Cuando Pasteur creyó demostrar que nada se engendraba vivo a partir de la materia inerte, los apologistas católicos de aquel tiempo cantaron victoria, olvidando que los filósofos y teólogos medievales, como Santo Tomás, no vieron ningún inconveniente en admitir que la materia organizada proviniera normalmente de la materia inorgánica. ¿Quién era tradicional —vuelvo a preguntarme—, Santo Tomás de Aquino y los escolásticos de hace siete siglos que admitían la generación espontánea, o los que hace medio siglo opinaban que esa doctrina era contraria a la fe?

Todavía hay cristianos —católicos y protestantes— que quieren ver en el libro del Génesis, donde se cuenta —al modo popular— el comienzo del mundo, un relato minucioso y pormenorizado de la creación. Olvidan estos creyentes que los Santos Padres llamados alexandrinos, y con ellos San Agustín, habían interpretado, en los primeros siglos, el relato bíblico de los orígenes de la humanidad y del cosmos menos ingenuamente que los **fundamentalistas** protestantes o nuestros **integristas** católicos: pensaban que un hecho como el de la relación de Dios con el mundo, que llamamos creación, no lo podría entender el pueblo nada más que expresado **alegóricamente**, asimilando esta acción de Dios a la de un hombre que trabaja, con sus intervalos de descanso y labor. Por eso vuelve uno a preguntarse ¿quién es más tradicional, aquellos escritores de los primeros siglos, o nuestros integristas de hoy?

La verdad es que no debíamos ser la irrisión de los no creyentes de hoy, como Santo Tomás —en su Suma contra los Gentiles— no quería serlo de los incrédulos de ayer.

EL Padre Arrupe acaba de hacer unas declaraciones a un periódico español, y en ellas afirma que hoy tenemos una nueva concepción de la ascética, que deriva de un conocimiento más perfecto de lo que es el mundo y sus valores positivos.

Antes despreciábamos las realidades terrenas porque teníamos una concepción ingenua —casi mítica— de ellas. Nos parecía que

entrañaban un peligro y un estorbo. El modelo del cristiano era el monje que huía del mundo. Y, sin embargo, San Clemente de Alejandría, un Santo Padre de hace quince siglos largos, se indignaba contra los que clamaban contra los valores de esta tierra. Luchó contra quienes querían apartarse del mundo para ser cristianos, y no comprendía que nadie propugnara una ascética negativa, como lo demuestra el especialista Von Campenhausen en su libro «Les Pères Grecs». ¿Por qué, ahora, se escandalizan algunos ante esta nueva valoración de las realidades terrenas, que emerge de cristianos como Teilhard, que han vuelto a lo antiguo, sin por eso leer a los escritores religiosos de los primeros siglos, sino tomando únicamente en serio la ciencia actual?

De igual modo, en un periódico católico de provincias, un católico a la vieja usanza se sorprende de que yo haya afirmado que la real presencia de Cristo en la Eucaristía nada tiene que ver con una realidad puramente física, que es algo que está más allá de nuestros sentidos y métodos científicos. Y para combatir a quien piense lo contrario colma las columnas del diario de citas del Concilio de Trento ingenuamente interpretadas. ¿Por qué en vez de dudar de la ortodoxia de otras opiniones, igualmente católicas que la suya, no intenta estudiar más científicamente el asunto, enseñando a sus lectores lo que opinan otros teólogos, que no son ni él ni yo?

Yo citaba —en apoyo de mi opinión— al teólogo privado del Papa, Monseñor Carlo Colombo, de todos bien conocido por su papel en el Concilio. ¿Es que le parece poco ortodoxo este teólogo auténticamente tradicional? Verdad es que yo me olvidaba de decir, al citarle, quién era Carlo Colombo; pero suponía que lectores tan preparados como mi interlocutor lo sabían de sobra.

Yo —y muchos católicos como yo— intentamos explicarnos un poco rigurosamente las afirmaciones de nuestra fe y no caer en afirmaciones arbitrarias o ignorantes. Un especialista italiano, el Padre J. de Baciocchi, dice, siguiendo el buen sentido —que no es lo mismo que el sentido común—, del cual todos debemos dar muestra en estas cuestiones: «Sabemos muy bien que el pan tiene el mismo sabor antes que después de la consagración. No cambia tampoco de forma, color, densidad, ni propiedades químicas...; la consagración opera un cambio (más allá de lo físico) puramente metafísico».

El actual asesor religioso de los Congresos de Apostolado Secular y miembro del Consejo Pontificio de Laicos, Monseñor Glorieux —y no creo que sea temeraria ni heterodoxa persona de tanta confianza de la Santa Sede— dice: «No hay que entender —en el misterio de la Eucaristía— la palabra **sustancia** en el sentido químico, sino en el metafísico». Y esto, pese lo que pese a estos escritores conservadores, tan poco científicos.

¿Quién es el que puede exponerse hoy a que se diga que, en su ingenuidad, hace pensar a los demás que la realidad físico-química del pan es la que ha cambiado en algo? ¿Es que una hostia consagrada analizada con el espectroscopio o con el microscopio, o sometida a análisis químicos, nos descubrirá el cuerpo de Cristo? ¿Por qué entonces asustarse de que yo repita, con palabras de excelentes teólogos de la confianza del Papa, las mismas cosas? Para evitar esto, los Obispos franceses suprimieron del catolicismo las difíciles palabras para los hombres de hoy, **sustancia** y **accidente**, y hablaron

por **ENRIQUE MIRET MAGDALENA**

como podía expresarse un hombre cualquiera de nuestro tiempo (ver *Theology Digest*, Autum 1956, J. de Baciocchi, S. M.).

NO, asustadizos señores de la derecha religiosa, no hay que ocultar la verdad, ni dejar de dar explicaciones, aunque el asunto sea delicado y difícil. El hombre y la mujer, desde niños, se plantean continuos «porqués». Y, ¿hemos de sofocar —para ser buenos cristianos— lo que desde la más tierna infancia llevamos inscrito en lo más hondo de nuestro ser? Lo que hace falta es no dar nunca explicaciones superficiales, y poco serias científicamente, aunque sean bienintencionadas.

La Santa Sede, y sus severos dicasterios, no piensan como ellos, que quieren ocultar los problemas o tratarlos sin matices; al contrario, sostiene Roma que «los fieles deben ser instruidos en los diferentes modos de presencia que el Señor mismo tiene en las celebraciones litúrgicas de su Iglesia, para así adquirir una inteligencia más penetrante del misterio de la Eucaristía» (Instrucción «Eucharisticum Mysterium», Sda. Congr. de Ritos, 25 mayo 1967).

A ver cuándo tenemos una actitud serena como la que pedía el Papa en su discurso del 9 de agosto de este año. Que sí, como cristianos convencidos, aborrecemos la «indiferencia» (que no sólo es la de los no-creyentes, sino, sobre todo, la de los creyentes rutinarios), y no podemos aceptar el «optimismo artificioso» e irreal (de quienes lo ponen todo a resolver para la Providencia, sin esfuerzo humano), o la actitud cómoda de quienes quieren seguir pensando, en todo, con arreglo a sus modos inactuales, porque les cuesta dejar «los aspectos habituales», en doctrina o costumbres, identificando la fe con su propia rutina mental, esa pereza intelectual de muchos conservadores que no quieren hacer ningún esfuerzo por repensar sus creencias a la luz de la ciencia actual.

A ninguno de éstos los pone de modelo el Papa, como tampoco pone a los que sólo les gusta el cambio por el cambio, o la novedad por la novedad, o el vivir en perpetua agitación. Pero sí aprueba la serena actitud de quien reflexiona y piensa. De quien hace el esfuerzo de desprendimiento de dejar sus arrumbadas ideas a la cuneta de su camino humano; esa es la «pobreza» que la Iglesia —y los católicos que la componemos— necesita.

La otra, la solamente material y limosnera, es poca cosa comparada con ésta.

Algunas pretendidas crisis de fe que padecen algunas de estas personas conservadoras —rutinarias diría yo más bien—, no son de fe, sino de sus propias anticuadas ideas. Quieren continuar con ese gorro intelectual de otros tiempos, que sólo sirve para semidormir o soñar; pero no para pensar.

A la hora de plantear que sea la fe tradicional, la de la Iglesia universal, la de siempre y todos los lugares, hay que tener mucho cuidado de no identificarla con la fe de los retrógrados, por muy satisfechos que estén de vivir en una sociedad —como la italiana o la nuestra— que más que tradiciones cristianas, se pregunta uno si no es de folklore pagano con disfraz cristiano de lo que vive.

Queremos, sí, una fe tradicional, la de los cristianos auténticos de todos los tiempos; pero no una fe como la de los retrógrados de hoy.

PROXIMAMENTE

en

triunfo

LAS ISLAS DE LA AVENTURA

**una apasionante
serie a todo color
sobre seis islas
del Pacífico
unidas
a un nombre famoso**

- DANIEL DEFOE Y LA ISLA JUAN FERNANDEZ
- HERMAN MELVILLE Y LAS GALAPAGOS
- PAUL GAUGUIN Y TAHITI
- ROBERT LOUIS STEVENSON Y SAMOA
- JAMES COOK Y LAS NUEVAS HEBRIDAS
- JOSEPH CONRAD E INDONESIA

**seis islas que dejaron huella en
la cultura universal, descritas por
los hombres que les dieron fama**

LA SERIE MAS ORIGINAL DEL AÑO

en

triunfo